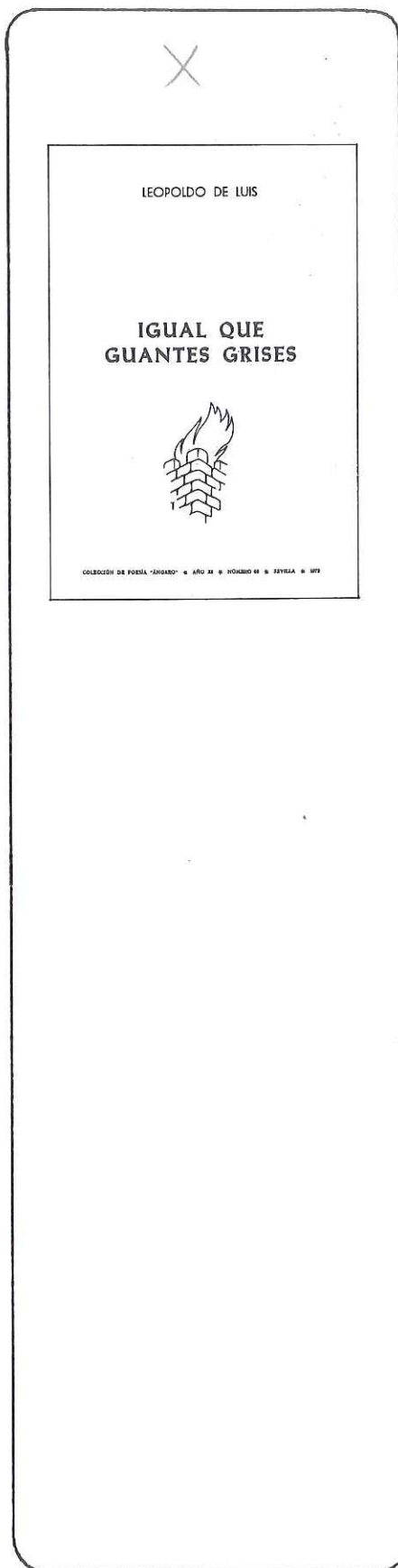


LEOPOLDO DE LUIS. "IGUAL QUE GUANTES GRISES". Premio ANGARO 1979.

El arte no se crea en el vacío ni es obra de un individuo aislado, sino de un autor sujeto a las limitaciones del espacio y del tiempo en el que vive, y que responde ante todo a una comunidad de la que él es parte integrante. "Igual que guantes grises" es -como intento de praxis- una perspectiva existencial, un testimonio social, una dimensión trágica -impregnada de desbordante humanidad- del ser enajenado y reducido por un intrincado laberinto de relaciones asépticas, estadísticas, exentas de calor y uncidas de muerte y decadencia. El arte es una traducción de la realidad, y toda traducción representa un compromiso. Leopoldo de Luis ha hecho de su obra, expresión del malestar interno, de la impotencia que experimenta el hombre en su descubrir que la libertad es sólo palabra, de que "...está aquí en este hueco/sonoro/en esta breve concha pronunciada." Y esa expresión le sirve para lanzar un grito capaz de curar a los hombres de esa ceguera que les aturde y les convierte en seres infelices.

Todo es palabra y la palabra es el mismo hombre. Es este axioma, la premisa vital, el corazón y el centro de la obra en el que irradian y se concentran el dolor, el grito poético que reclama justicia y la esperanza. La esperanza de desnudar algún día las manos que son apenas "un guante para el amor", porque "...Todo lo tocamos/con las manos atadas y cubiertas./ Acaso no tenemos manos, sólo/ una piel falsa que la vida apresada". Pero las manos son palabras y "las palabras igual que guantes grises". Encontramos pues en la obra un valor lingüístico-filosófico donde el concepto de las cosas se ha adueñado de ellas mismas y las ha sustituido. Si para Nietzsche "aquello para lo que encontramos palabras ya no es de ningún uso en nuestros corazones", para Leopoldo de Luis la palabra adquiere un valor especial, es fe, el credo sonoro que da todo su sentido al hombre y a las cosas. Y hace de su propia palabra, su intensa y arraigada pala-



bra, un artificio casi bíblico, para que por medio de ella las cosas recobren su pureza. La palabra pues es la herramienta más fiel y verdadera con la que el hombre puede volver a pertenecer a la especie humana donde el sentimiento, la fraternidad, la sed de justicia y el hondo palpitar por el mundo son sus más puros atributos. Porque a las palabras "Las teje densa urdimbre solitaria, / un hilo humano las hilvana y cose / y en su hueco sonoro soy fraterno".

El hombre es auténticamente libre resistiendo a sus impulsos, no liberándose de sus limitaciones, sino asumiéndolas: "Soy mi peligro, soy mi propio daño / y el mismo pelotón que me fusila". Pero el hombre también es contradicción: "Siempre seremos dos, ¡qué pobre historia! / El que quisimos ser - el que pensamos - / y el que se mueve en duras realidades / y hace almoneda de su vida a diario". Y es en esta óptica de la libertad donde se encuentra el sentido trágico de la existencia -entre lo que se es y se ha podido ser-, la tragedia del hombre con los cinco sentidos mutilados que no sabe percibir el hambre, la muerte, la soledad... "Hay un tigre de llanto en la maleza / y pasamos sin ver su oscuro fuego. / Las ramas amarillas de la tarde nos ponen / un disfraz arrugado de silencio".

El espíritu trágico -dijo el crítico social J. Wood Krutch- esa fe viva que daba solución al problema de la existencia y reconciliación a la vida es ahora una ficción que sobrevive en la poesía con el peligro de perderse en un proceso degenerativo de la religión en arte, y del arte en documento. Sin embargo, pese a todo desarrollo sociológico de la literatura, ese espíritu puro lo hallamos en su primitivo estado en "Igual que guantes grises".

Al hablar del libro de Leopoldo de Luis no podemos decir con Santayana que la poesía es "una religión que ya no es creída" porque este poeta social posee el poder y la fuerza sensible de revivir en nosotros una ilusión de creencia que hace de su obra algo más esencial que religión o filosofía, vida.

José TUVILLA.